

## Morir Loggeado (She is so heavy)

Autor: Gustavo Vignera – [www.gustavovignera.com](http://www.gustavovignera.com)

### Capítulo 1.

“I want you,  
You know I want you so bad  
It’s driving me mad, it’s driving me mad  
Yeh!  
She’s so...”

La había escuchado más de mil ochocientas veces, pero nunca me había percatado en lo estúpida que era la letra. Paré el auto, sobre Ayacucho, a la vuelta de la escuela y seguí escuchando hasta terminar el tema. No cabía lugar a dudas que Lennon se había pegado un viaje de ácido en los estudios de Abbey Road al momento de componerla. ¿Cómo pudo escribir una canción de casi ocho minutos de duración con una lírica que solo contiene catorce palabras. Y ese final tan abrupto que me dejaba patitieso desde el primer día que mi viejo me regaló el disco con los cuatro de Liverpool cruzando una calle sobre la senda peatonal. Recuerdo que papá me decía que Paul estaba descalzo y con los ojos cerrados pues en esa época había una leyenda urbana que decía que el músico había muerto hacía unos años atrás en un accidente automovilístico y había sido reemplazado por un doble. Al parecer Paul no era Paul porque él habría muerto la noche en la que estaban grabando el disco “*Revolver*”. Discutió y se fue re-caliente, a las puteadas con sus otros tres compañeros. McCartney subió a su convertible y arrancó a toda velocidad, cuando, a unas cuadras del lugar, se encontró con una chica llamada Rita, la que después terminó siendo “Lovely Rita” o “Adorable Rita” para los hispanoparlantes. Él se ofreció a llevarla y ella accedió sin objeciones. ¿Qué mina

podía negársele al langa de Paul en esa época? Él salió arando, y a los pocos kilómetros se pegó un palo contra un camión, al pasar un semáforo en rojo, abriéndose al medio el marote. La pobre Rita, por suerte salió ilesa. A Paul lo llevaron al hospital y terminó muriendo a la mañana siguiente por las heridas recibidas. La cosa era que para completar la toma de la famosa tapa del disco, George, vestido de jeans, sería el enterrador de Paul, Ringo vestido de luto simulaba ser el amigo del difunto y al frente de la fila india iba el genio de John vestido con un impoluto traje blanco representando al predicador. Una historia que siempre me pareció graciosa y original y que sin duda habría dado mucho que hablar en los sesenta. Ahora bien, ¿había que ser muy boludo para creerse el cuento del doble! Pero yo siempre me pregunté ¿A quién le podría interesar hacerse pasar por muerto? Solo alguien que quiera interesarle desaparecer e iniciar una nueva vida, una vida completamente distinta, en un nuevo lugar, con una gente nueva. Un nuevo mundo por descubrir sin conexión alguna con el pasado ni con los afectos, un barajar y dar de nuevo.

Ya en el hall del colegio recordé donde había guardado el disco, es un recuerdo que no quería perder, aunque no tenga donde escucharlo. Los pasadiscos de púas quedaron en mi pasado y ahora me conformo llevarlos siempre conmigo en formato MP3. Lo escucho a menudo, es una forma de conectarme con mi viejo, más allá de verlo todos los domingos y llamarlo menos veces de lo que él pretendería. Cuando me casé con Roxana, fue un antes y un después con la relación con la familia, obvio que ya era el nene mimado, hijo único y beneficiario de todos los caprichos que se me pudiesen ocurrir. Todo estaba a la orden del día, Scalextric, Nintendo, colección de Matchbox, Legos, Wii, play-station uno, play-station dos, tres y la que fuese con tal de satisfacer las necesidades lúdicas y educativas de Romulito, el príncipe heredero. Pero un día llegó Roxana y el nene se fue del nido y estoy convencido de que eso hizo mella en la alegría de mis dos viejos aunque ellos jamás me dijeron una palabra al respecto. Tampoco era cuestión de que me

quedara con ellos para cuidarlos hasta que fuesen viejitos y yo me ocupara de vestir santos. Ya tenía veinticuatro cuando termine el magisterio y empecé como profesor de historia en la Escuela Normal Superior en Lenguas Vivas. Roxana daba educación física en la primaria en el turno mañana. Creo que fue en una reunión de profesores para organizar los actos de fin de curso cuando nos conocimos por casualidad, esas cosas que pasan porque tienen que pasar, o quizás no. Cuando la ví charlando con un grupo de varias maestras me impactó y cuando nos pidieron que fuésemos a un aula para que iniciásemos la reunión, ella se sentó en el pupitre de al lado, eso me alcanzó para saludarla, contarle quien era, que hacía en el colegio y pasarle mi Facebook. Esa misma noche mientras miraba alguna pavaditas en mi computadora, vi la invitación de contacto en el extremo izquierdo de la pantalla y en menos de lo que canta un gallo acepté su solicitud de amistad y la estaba invitando a salir ese mismo sábado. Luego repetimos salidas, cines, restaurantes y teatros y al año estábamos poniendo fecha de casamiento con un purrete por venir. Roxana era una mina de ir al frente, puso los papeles sobre la mesa y no me quedó otra que poner el mocho. Nunca estuve convencido que había hecho lo correcto, siempre sentí que había sido una decisión atolondrada. No era porque no quisiera a Roxana, todo lo contrario, ella era una buena persona y con grandes valores y una belleza, como siempre digo de cuerpo y alma. Es linda de afuera y de adentro, su envase muestra a las claras su contenido, pero... como siempre hay un pero en la vida, nunca estuve persuadido de que Roxana debía ser la mujer de mi vida, era como dos fichas que no encajábamos en el rompecabezas, era como meter un cuadrado dentro de un círculo, algo no cerraba, y nunca había podido responderme si era ella o era yo la causa del problema. Esa tarde sentí la necesidad extrema de ir a ver a mis viejos, no era domingo, podía haberlos llamado por teléfono, pero no me alcanzaba, quería verlos y que ellos me vieran. “She is so Heavy”, o “Ella es tan cargosa” era el tema que me siempre me hacía acordar a Tamara Gómez, la piba que me había torturado todo el último año, la piba que me había quemado la cabeza

con una inusitada hermosura en la que no me importaba que era lo que tenía adentro del envoltorio, solo me deslumbraba su sensualidad y la manera en la que me miraba cuando le explicaba los motivos socio políticos de las guerras de los unitarios con los federales y la relaciones entre Facundo Quiroga y el General Lamadrid. Esa boca carnososa y rojiza como una fruta tropical y esos ojos siempre delineados que iluminaban el negro de sus inmensas pupilas. Su largo pelo, salvaje, enmarañado era como un faro para mí en medio de la clase, debía hacer esfuerzos sobrehumanos para no mirarla. Y cuando por casualidad al voltearme de la pizarra después de hacer alguna anotación con la tiza y mi mirada se cruzaba con la de ella, su sonrisa se agigantaba y mi corazón latía como un bombo tehuelche preparándose para la batalla. Ella no solo me miraba, ella me devoraba, ella me hacía sentir vivo al punto que deseaba morirme antes de claudicar ante el mayor deseo de la carne que nunca hice realidad. En los recreos no dejaba de acercarse a mi, a hacerme preguntas con un interés poco común en un adolescente de su edad, siempre estaba ahí, atrás mío como una sombra. Su perfume me invadía y me dejaba sin aliento cuando en forma intencional me rozaba. Yo siempre sentía que si le hubiera querido dar un poco más de confianza ella me hubiera roto la boca de un beso sin la mínima vergüenza en medio de todos sus compañeros. Tres cosas pensaba cada vez que los malos pensamientos venían a mí, primero, mi matrimonio con Roxana, no podía, ni debía serle infiel. Segundo, no quería tener un amorío con una alumna, era algo absolutamente fuera de las reglas y tercero y menos que menos con una menor de edad, era algo que jamás mis principios me hubieran permitido, pero... pero... ella era tan cargosa...

Ella nunca se daba por vencida, era una maquina sexual que quería poner en funcionamiento todas sus hormonas efervescentes sin importar los códigos ni la ley. Ella ponía a prueba mi autocontrol a cada instante, era un torrente que me envolvía en deseo, imágenes lujuriosas, solo imágenes y sexualidad.

Recuerdo como si fuera hoy la noche que vi, al igual que lo hizo Roxana, su solicitud

de amistad en Facebook, ¡me quise morirrrrr! Sentí que un elefante posaba una de sus enormes patas sobre mi pecho y me dejaba sin aire. Una terrible excitación arrancó con mi genitalidad y continuó con el resto de mi. No sabía si rechazarla, ignorarla o aceptarla, pero un fuego interior se trasladaba hacia mis manos apoyadas sobre el teclado con un único objetivo, tenerla como amiga.

Fue muy duro, ese día se iniciaban las clases y ella no aparecía. Yo miraba y miraba para todos lados. Los primeros acordes del himno empezaron a sonar y se me remixaban con la letra recurrente de los Beatles. She is so heavy... Mientras caminaba entre las filas escuchaba como alguna de sus compañeras cuchicheaba lo que le había pasado a Tamara. Me estaba angustiando al ver que ella no había venido. Nada me quedaba claro, no podía descifrar lo que decían las chicas. She is so... Era algo terrible aparentemente, pero no sabía que. Algo al parecer monstruoso, había pasado. She is so... Me empecé a sentir mal, tenía nauseas. Al terminar el acto de apertura del ciclo lectivo, me dirigí a la sala de profesores. Fui al baño y vomité. Me lavé la cara y salí aturdido. Abrí mi ipad, que siempre llevo conmigo y quise ver si había alguna noticia en los titulares. Solo algunas noticias políticas y los resultados del futbol del Domingo aparecían. Salí. She is so heavy... Toqué con mi índice, como un acto reflejo el icono de Facebook para ver que novedades habría sobre mis amigos. En el extremo derecho decía algo parecido a "Hoy es el cumpleaños de Tamara Gómez" y un frio electrizante recorrió mi espalda. She is so...